



# el asesino de muchachas negras

ada coretti



# **EL ASESINO DE MUCHACHAS NEGRAS**

**PR Nº 645**

Autor: Ada Coretti

ISBN: 9788402025203

Generado con: QualityEbook v0.78

# CAPÍTULO PRIMERO

ERA aquélla una pulsera de brillantes valorada en más de un millón de dólares. El famoso industrial William Barner la había adquirido para su hija Pamela.

Pero la valiosa pulsera había desaparecido cuando el joyero se disponía a enviarla a la Quinta Avenida, lugar en que se hallaba situada la lujosa residencia del comprador.

Muy poco después, en la Madison Avenue, un hombre disparó su pistola contra un coche de la policía, hiriendo a un agente y matando a otro. Había creído que iban tras él.

Ese hombre se vio perseguido, como es natural, pero logró escapar huyendo a través de las cloacas de la gran ciudad.

Pero avisada la policía, también al otro lado le esperaban.

No obstante, echó a correr como un gamo y terminó viéndose libre, pudiendo perderse finalmente entre las calles de Harlem, el barrio negro.

Desde el primer momento se emparejó el hecho de aquellos disparos y de aquella huida, con la desaparición de la pulsera de brillantes. Pero luego todo se puso confuso y no se salió de simples hipótesis. Nada pudo ponerse en claro.

Sin embargo, el capitán Brown no había dado el caso por terminado.

De allí que un par de meses después, así que el teniente Steve Hooper regresó de una delicada misión que le había sido encomendada, el asunto fue puesto en sus manos.

—A ver si se luce, Hooper.

El teniente Steve Hooper, a sus treinta años aún no cumplidos,

era un auténtico azote para los delincuentes. Hombre de reflejos rápidos, de sorprendente intuición, tenía fama de atraparlos como el gato hace con el ratón.

## CAPÍTULO II

—BIEN, señor Siking, ¿cómo sucedió...? Supongo que no le importará repetirlo una vez más.

Richard Siking, el joyero, era un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, robusto, con el cabello castaño. Vestía con suma elegancia.

—Verá usted, teniente... Yo tenía la pulsera preparada para ser enviada. Estaba en la caja fuerte... En eso, cuando la colocaba en su correspondiente estuche, vino un cliente... Dejé la caja de hierro entreabierta... Fue una imprudencia, lo admito, pero el cliente era conocido... Además, en la trastienda no había nadie, y las dos puertas de hierro que dan al callejón, se hallaban cerradas. Mi empleada estaba aquí en el mostrador, atendiendo a otro cliente... En fin, cuando regresé a la caja la pulsera ya no se hallaba allí...

—Debió tomar más precauciones, señor Siking. ¿Estaba la pulsera asegurada?

—Sí, sí, teniente... Pero por un precio inferior al que vale... A mí me interesa su venta, compréndalo...

—Lo comprendo perfectamente. Bien, ¿de quién desconfía usted...? —y la mirada fría y acerada del teniente Hooper pareció que le taladraba.

—De nadie —respondió, pero su tono resultó vacilante.

—¿Está seguro?

—Sí, totalmente —sin embargo, la mirada se le iba, sin querer, hacia su llamativa empleada.

—¿Se llama...? —preguntó Steve Hooper indicando a la muchacha, que en aquel momento se hallaba a un extremo de

establecimiento.

—Margaret —dijo el señor Siking—. Margaret Prosson. Es una buena chica.

—¿En qué sentido lo dice...? —le apremió con el tono y con el gesto.

—Bueno... —carraspeó el joyero—, quiero decir que no tengo queja de ella. Siempre se ha portado muy bien.

—¿Quizá demasiado bien...? —preguntó irónico.

—¿Qué pretende insinuar? —Richard Siking se había aturrullado—. No le entiendo del todo, teniendo.

—Usted es casado, ¿verdad? —y sin esperar respuesta, pues en realidad no la necesitaba, agregó—: Sí, lo es... Y su esposa, Vanessa Tate, es de raza negra, ¿no es eso?

—Sí, sí... —respondió, tras un titubeo.

—¿Cuánto hace que se casaron?

—Tres años.

—Entonces, ¿usted era rico?

—No.

—Y ella, ¿lo era?

—Sí... —titubeó de nuevo.

—¿Se casó usted enamorado o simplemente...?

Richard Siking le interrumpió:

—Vaya usted a mi casa a conocerla y se responderá a sí mismo. Mi esposa es una mujer hermosísima. Para mí no hay otra como ella.

—¿A pesar del tono de su piel?

—A pesar de eso...

—¿Tienen hijos?

—No.

—Bien, nada más por el momento, señor Siking. Ahora voy a conversar un poco con su empleada.

Margaret Prosson le vio acercarse, bastándole una ojeada para medir su metro ochenta y pico de estatura y la anchura sensacional de sus hombros. Y esa misma ojeada le bastó para decirse que aquel hombre valía la pena de ser conquistado.

—Puede preguntarme lo que sea. Estoy a su entera disposición.

Era verdaderamente atractiva, pelirroja, con curvas que se esforzaba en acusar, con una boca sexual que incitaba al beso.

—No sabe nada del robo de la pulsera, ¿verdad? —la voz del teniente pareció decirle que con él, en ningún sentido iba a tenerlo sencillo.

La muchacha denegó con un gesto.

—No, no sé nada.

—¿Y qué sabe del señor Siking? ¿Qué opinión tiene de él? ¿Y de su esposa...?

—El señor Siking me paga bien, me tiene atenciones. Es buena persona. En cuanto a su esposa, no me atrevería a decir tanto.

—Pues diga menos. Pero diga lo que sepa.

—Es muy celosa. Terriblemente celosa —sonrió, cual si la cosa fuera divertida—. De esas mujeres que amargan la vida del marido con sus celos.

—Y esos celos, ¿quién se los inspira? ¿Acaso usted...? No me extrañaría, es una chica con muchos y generosos atributos.

—¡Oh, gracias, teniente! —y riéndose—. Sí, soy yo precisamente quien la hace sentirse celosa. No me traga.

—Y el señor Siking, ¿sí la traga...? Me ha dicho usted que le tiene atenciones... ¿Qué clase de atenciones...? Pienso que, quizá, se las tiene en excesiva medida. ¿O peco de suspicaz, de malicioso?

—Sí, peca de todo eso. Le he dicho también que el señor Siking es una buena persona, ¿no es eso, teniente? Usted sólo oye lo que quiere.

Sonó el teléfono. Y al descolgarlo resultó que la llamada era desde comisaría. Para el teniente Steve Hooper.

—Diga... —había cogido con firmeza el auricular—. Sí, soy yo... ¿Cómo...? ¿Cómo...?

Poco después lo dejaba colgado en la horquilla.

—¿Algo de particular? —preguntó con ansia Richard Siking—. ¿Algo que atañe a la pulsera de brillantes?

—Sí... —a Steve Hooper no le importó asentir. Pero se limitó a eso—. Oigan, ¿conocen a una tal Sara Mitchel? Es una chica negra.

—No, no he oído nunca su nombre.

—Yo tampoco.

La tal Sara Mitchel acababa de telefonar a la policía. Había dicho que sabía algo referente a la pulsera de brillantes.

—Me encontrarán en Perry Club, a eso de las dos, poco antes de cerrar —había dicho finalmente—. Envíen al teniente Steve Hooper,

al que ya conozco. Yo iré a su encuentro.

## CAPÍTULO III

**P**ERO SARA Mitchel ignoraba algo fundamental.

La persona que había robado aquella valiosa pulsera de brillantes de la joyería de Richard Siking, no sólo era un ladrón. Era también un asesino.

Un calculador, frío y cínico asesino, capaz de todo.

Por tanto, telefoneando a la policía se había arriesgado más de lo que podía estar suponiendo.

Pero como lo ignoraba, no daba importancia a su llamada. Bien mirado, se limitaría a cumplir con su obligación y a ver de nuevo... al teniente Steve Hooper, que, punto y aparte, le gustaba y no poco.

Le gustó desde el primer momento que le vio. Se encontró metida en un lío, aunque sin tener culpa y fue a parar a la comisaría. ¡Qué lástima no encontrarle en otro lugar más oportuno...!

Ella trabajaba desde hacía dos años en aquel Club, donde la mayoría de los hombres iban a lo que ya se sabía. Primero a beber unas copas y, finalmente, a irse con la chica en cuestión a pasar juntos la noche.

Estaba ya muy acostumbrada a esa vida. Ya casi no echaba a faltar algo distinto. Ya lo aceptaba todo con naturalidad.

—Vendrás conmigo, ¿eh? —su acompañante de aquella noche había bajado discretamente la voz—. Tengo mi coche fuera...

—Tengo una cita. No, no puedo desatenderla —ella le explicó—. Estoy citada con un policía.

—Pero, bueno, ¿viene como poli o como hombre...?

—Viene en plan oficial. Acabará enseguida con él.

—¡Oye!, ¿a qué hora vendrá ese sabueso?

—A eso de las dos, poco antes de cerrar esto.

—Aún no son las doce —consultó su magnífico reloj de oro—. ¿Vienes entretanto a dar una vuelta conmigo? Tenemos tiempo.

—No puedo irme de aquí.

—¡Claro que puedes! Con las consumiciones que me has hecho hacer... Además, ni van a darse cuenta...

Le tentó la idea de alejarse un poco de aquel ambiente.

—De acuerdo —aceptó— pero una vuelta cortita...

—Lo que tú digas.

El portero, uniformado de color granate con charreteras doradas, la vio salir y se la quedó mirando. A su acompañante no pudo verle la cara.

—En seguida estoy de vuelta —le había dicho ella, sonriendo.

—De acuerdo —le había seguido con la mirada, pues le atraía la chica.

Ya en aquel fantástico coche, mientras abría su bolso y encendía un cigarrillo, Sara Mitchel preguntó a su acompañante:

—¿Cómo te llamas...?

—No me gusta decirlo —contestó él, un poco secamente, y arrancó.

—Perdona, chico... Pensé que no te importaría.

—Es una manía —se excusó.

—¡Bah! A mí me da lo mismo. Oye —le picaba la curiosidad—, ¿es la primera vez que eliges como «compañía» a una muchacha de color? Me parece que sí.

—Sí —asintió. Y quiso saber—. ¿Por qué has supuesto que sí...?

—Siempre me mira de una manera especial el blanco que se dispone a vivir esa, digamos, experiencia. Lo noto a la primera ojeada.

—Te las das de lista, ¿eh, trocito de carbón?

—¿Te burlas o bromeas? —pero se encogió de hombros. Bien mirado le daba lo mismo—. No, no me tengo por lista. De haberlo sido, me hubiera casado cuando tenía dieciocho años con un hombre de mi raza, llamado Tom Maybor, que me quería mucho. Pero le dejé plantado y me dediqué a esta porquería.

—Sus cosas buenas debe tener la vida que llevas, ¿no?

—Sí, claro —asintió, pero en aquel momento no tenía idea de

cuáles podían ser. En fin, era preferible no darle más vueltas a todo lo pasado.

Unos veinte minutos después, quedaba ya muy atrás la Calle 20.

Su acompañante detuvo el coche. Era de color rojo, con una pequeña abolladura en la portezuela derecha, junto al volante.

Estaban ya fuera de la ciudad, donde el silencio daba la sensación de ser un sedante y donde el aire era puro, refrescante.

Es esto lo que experimentó Sara Mitchel al apearse del coche, en aquel lugar desierto.

Demasiado desierto, hubiera pensado, de ver la expresión malévola que había en los ojos de aquel hombre.

Ella se quedó mirando por unos instantes las estrellas.

—Son hermosas. Brillan, parpadean... —un grito salió de su garganta.

Se había vuelto hacia su acompañante, viendo que en su mano había una pistola, cuya boca le apuntaba con intenciones bien definidas, bien concretas.

—No... No... —tartamudeó, pero con tanto miedo que casi no le salió la voz.

Fue apenas un grito imperceptible.

La expresión del desconocido se había hecho aún más siniestra, y sus ojos se mostraban tan turbios, tan velados y sombríos, que podía asegurarse que en ellos se traslucía ahora toda su inusitada maldad.

Apretó el gatillo.

Repetidas veces.

Sara Mitchel, acribillada a balazos, cayó desplomada sobre la cuneta. Antes de dar contra la tierra ya estaba muerta.

Pero el desconocido no había acabado con su crimen... Sólo lo había perpetrado. Ahora le faltaba rematarlo.

Se acercó al cadáver, un cuerpo perfectamente modulado que ya no se movía. Un cuerpo que llevaba un vestido ceñido de color plata.

Giró el cuerpo, descorriendo por la espalda su larga cremallera, y luego, volviéndola hacia arriba, tiró hacia abajo el vestido, quitándoselo.

Luego la desvistió de las otras prendas.

Pero no se trataba de un maníaco sexual.

Cogió un afilado cuchillo, que sacó del bolsillo de su americana, y lo empuñó con fuerza. Luego lo incrustó en aquella carne oscura y ejecutó un corte profundo e incisivo.

Hecho lo cual, dejó el cuchillo y hurgó con sus propias manos, con sus propios dedos, que se inundaron de desbordante sangre, en el abdomen de aquella muchacha que aún no había cumplido los veinte años.

Buscó... Buscó...

Pero, ¿qué podía buscar...?

¿Se trataba de un perturbado mental...?

—¡Maldición! —exclamó.

## CAPÍTULO IV

EL teniente Steve Hooper torció la boca en un gesto duro al reconocer en aquel cadáver a Sara Mitchel.

—No hay huellas digitales —le comunicó el experto del laboratorio—. Han sido cuidadosamente borradas. El cuchillo es normal.

—No me lo hace muy fácil.

—No, y créame que lo lamento —y tras una breve pausa—. Usted la conocía, ¿verdad, Hooper?

—Sí, era una chica muy simpática. ¡Lástima que ya no pueda hacer nada por ella! Pero su asesino tendrá el castigo que merece.

—Ya poco más puedo añadir —el doctor hizo un breve ademán—. La muchacha tenía un lunar en el brazo derecho... No hace mucho le fue extirpada la vesícula biliar... Tenía la dentadura perfecta. Esto es todo, teniente.

—Gracias.

—Le deseo suerte, Hooper. Pero el caso no es sencillo.

—Sí, lo sé —se limitó a responder.

Y no perdió más tiempo en consideraciones, porque no solía perderlo en nada, y en esa ocasión no tenía por qué ser una excepción. Muy al contrario, urgía tomar iniciativas.

Pero antes de tomar ninguna, Steve Hooper optó por visitar de nuevo la joyería, y por ver y observar detenidamente aquellas dos puertas de hierro que daban al callejón. Decidió, asimismo, entrevistarse con los dos clientes que, en el momento de desaparecer la pulsera, se hallaban en el establecimiento.

En buena lógica no podía dejar de hacer tales visitas. Era lo más

razonable. Aunque bien sabía él que a menudo no era por el camino más lógico, ni siquiera por el más razonable, por el que se atrapaba a los culpables.

—Señor Siking, el día del robo, esas puertas, me refiero a las que dan al callejón, estaban simplemente cerradas con llave, sin más... Explíqueme eso.

Se había presentado en la joyería sin avisar, sin que le esperaran. Por lo menos a juzgar por el gesto un tanto agrio, otro tanto torcido, con que el dueño del establecimiento le recibió.

—Era jueves, y ese día viene una mujer a hacer la limpieza. No solemos volver a colocar los candados de seguridad hasta el momento de cerrar.

—Bien, señor Siking. ¿Y quién tenía ese día las llaves de esas dos puertas?

—Siempre las llevo conmigo —la respuesta resultó rápida, quizá demasiado—. Nunca se apartan de mi llavero, teniente.

—¿No hay otras...? —preguntó.

—No —afirmó.

—¿No pudo alguien con anterioridad —insistió— apropiarse por unos instantes de su llavero, sacar el molde correspondiente a esas llaves y...? Me estoy refiriendo, concretamente, a Margaret Prosson, su dependienta...

—¡No, en absoluto! —exclamó, con un énfasis que no pudo evitar—. ¡Es ridículo suponerlo! Margaret está al margen de toda sospecha.

—¿Por qué...? —ironizó—. ¿Por el mero hecho de que a usted la chica le gusta más de la cuenta...?

—¡Teniente! —protestó el señor Siking—. ¡Usted no tiene derecho a meterse en mis asuntos personales! ¡Menos aún en mi vida privada!

—No me estoy metiendo en nada —volvió a ironizar—. Sólo estoy olfateando... Tengo buen olfato, según dicen... Bueno, esto es todo por hoy, señor Siking.

Seguidamente, el teniente Hooper fue a interrogar a aquellos dos clientes. A los que se hallaban en la joyería en el momento del robo.

Pero tras un breve diálogo, el teniente Hooper se dijo que ambos no tenían nada que ver con todo aquello. En principio, al menos.

Por lo que resultaba conveniente pensar en llevar sus

investigaciones por cauces más efectivos.

Pero, claro, no podía saber ciertamente cuáles podían ser esos cauces. Pero una buena medida sería, qué duda cabe, visitar el Perry Club.

Allí estuvo preguntando por el hombre que había acompañado a Sara Mitchel aquella última noche. Sin embargo, nadie pudo darle detalles de su persona.

—Y usted, señor McQueen, ¿tampoco puede decirme nada...?

Acababa de formular la pregunta al dueño del Perry Club, un hombre ya mayor, pero aún arrogante, de buen ver, cuyos ojos acusaban una sagaz y despierta inteligencia.

—En absoluto, teniente, y créame que lo lamento —McQueen se mostraba sumamente cordial y respetuoso—. Me hubiera gustado ayudarle.

—¿Sabe al menos si Sara Mitchel solía ir acompañada de alguien en particular...?

—Esas chicas, ya sabe usted... Aunque a veces... —hizo un gesto indefinido. Luego agregó—: Bueno, en realidad yo poco voy a poder ayudarle... No suelo venir por aquí casi nunca... Aquella misma noche, yo no estaba en el local...

—¿Le conocía Sara Mitchel?

—No sé. Yo a ella sí... Mire —enfocó el tema por distinto lado—, si quiere saber algo claro y concreto de ella, pregunte a Henry.

—¿Quién es Henry?

Se trataba del portero, uniformado de color granate con charreteras doradas. Su principal cometido consistía en abrir la portezuela a los que llegaban en coche hasta allí y en recibir suculentas propinas.

Henry, que era acusadamente mulato —él y Sara eran los dos únicos de color en todo el Perry Club—, le habló largamente de la muchacha asesinada. Pero no pudo aclararle nada que se refiriera a su acompañante de aquella última noche.

—Cuando salieron del local —le explicó—, él ladeó el rostro, y no pude verle la cara. Eso sí, llevaba un traje de color gris.

—¿Él era un hombre blanco...?

—Sí —afirmó—. Vi perfectamente su cuello, y sus manos.

—Ha dicho que Sara tuvo un novio que se llamaba Tom Maybor, y que vive en... —le repitió la dirección—, ¿no es eso?

—Sí.

—Gracias por sus informaciones.

—Se las ampliaré si averiguo algo, teniente. Me ha dolido mucho que mataran a esa muchacha.

## CAPÍTULO V

**P**ERO al salir del Perry Club, el teniente Steve Hooper consideró más oportuno ir a conocer a Pamela Barner. ¿No fue adquirida para ella la pulsera?

Vivía en la Quinta Avenida, en una gran mansión. Algo tan regio, que Steve Hooper, al mirar a su alrededor, tuvo la sensación de que vivir allí debía ser poco menos que asfixiante. Verdaderamente, aquel alarde de riqueza resultaba casi ofensivo.

—¿Pregunta por mí?

Steve Hooper no era hombre fácil de impresionar. Pero en esta ocasión necesitó sujetar todos sus resortes emocionales e instintivos, para no traicionarse.

La muchacha que acababa de aparecer en el dintel de la puerta del saloncito, era endiabladamente atractiva. Las piernas, que la minifalda le permitía lucir con generosidad, eran realmente impresionantes. Como impresionante era su bellissimo busto, que el jersey de lana ajustaba hasta hacerlo agresivo hasta la mismísima tentación. La cabellera era rubia y la llevaba suelta, cayéndole sobre los hombros como un manto de deslumbrante oro.

—¿Pregunta por mí? —volvió a preguntar—. Soy Pamela Barner.

Steve Hooper le puso al corriente. Venía a hablarle de la pulsera. Deseaba saber lo que ella opinaba al respecto.

—Ya no confío en recuperarla —dijo la muchacha, al poco—. Al principio sí tenía fe en la policía, pero han transcurrido ya más de dos meses...

—Espero tener más suerte. Además, por culpa de esa joya acaba

de cometerse un crimen y eso me obliga a...

—¿Un crimen? —preguntó, interrumpiéndole.

—Una tal Sara Mitchel, que por lo visto sabía algo... Quizá no mucho, pero sí lo suficiente para que el ladrón le haya cerrado la boca para siempre.

—En mala hora me encapriché de esa pulsera.

—De no ser usted la compradora —puntualizó Steve Hooper—, lo hubiera sido otra persona. Para el caso es lo mismo.

—Supongo que sí. Sin embargo... —se alteró un poco su expresión.

—Sin embargo, ¿qué?

—Desde aquel día, nada marcha bien en mi familia.

—Si no me lo explica mejor, señorita Barner...

—¿Por qué no, si usted lo desea? Pero antes permítame ofrecerle una copa —se dirigió hacia el mueble-bar.

—No bebo cuando estoy de servicio, y ahora lo estoy.

—Cuando está de servicio —Pamela se separó del mueble-bar, acercándose a él—, ¿no se permite nada...?

—No sé exactamente —fue inalterable su tono— qué sentido da usted a la palabra nada...

—Un ejemplo, teniente... —estaba demostrando que, ante todo, era una muchacha caprichosa—. Si yo ahora me acercara más a usted y le mirara con buenos ojos, como diciéndole que si me besara me gustaría, ¿usted qué es lo que haría?

—Cuando quiera saber algo de un modo concreto, no se limite a formular hipótesis. Las figuraciones no conducen a nada positivo... Ensaye en serio la escena y vea lo que pasa... Así se sale de dudas.

—Vamos a ver —volvió a sonreír Pamela Barner, y se acercó tanto al teniente que casi quedó pegada a él. Sus ojos, por lo demás, estaban diciéndole bien claramente que le encontraba un ejemplar masculino de primera categoría—. Bien, ya está, ¿qué es lo que hace usted...?

—Lo mismo que cuando me ha ofrecido una copa, rechazarla... —pero en esta ocasión, irónico, agregó—: Pero si quiere, señorita Barner, le daré mi dirección. Vivo en un ático. Puede venir a verme cuando no esté de servicio.

Acostumbraba a jugar con los hombres, a doblegarlos a sus caprichos de niña mimada, Pamela crispó la mandíbula. Nunca se

había sentido tan humillada, tan furiosa. A gusto le hubiera abofeteado.

Pero de hacerlo hubiera delatado toda su rabia, todo su coraje. Prefirió disimular. O mejor, prefirió tomárselo a broma. Bien mirado, aquel teniente de la policía era demasiado «guapo» para enfadarse en serio con él.

—¿Ir yo a su ático? —se rio bajito—. No se haga ilusiones. No es usted mi tipo...

—Hablemos de la pulsera, ¿le parece? —pero Steve Hooper carraspeó, para aclararse la voz. ¡Demonios con aquella muchacha! ¡No había conocido nadie tan endiabladamente tentador en toda su vida!—. Me decía...

—¡Ah, sí! —y cogió el hilo de la narración—. Desde entonces todo son enfados, discusiones... No sé exactamente qué nos pasa...

—¿A quién alude?

—A mi padre, que ayer salió de viaje hacia Canadá, y a mi primo Peter... Es hijo de un hermano de mi padre. Se quedó huérfano muy niño y desde entonces vive con nosotros... Pues bien, desde aquel día parece como si se odiasen... Bueno, por lo menos como si mi primo Peter odiase a mi padre... Y yo me hallo entre los dos, sin acertar a calmarles... Resulta desagradable, créame... Pero no sé por qué se lo cuento —repuso—. Todo eso a usted no le importa, ni le sirve.

—Me sirve y me importa cuanto pueda llevarme a descubrir al ladrón. Con mayor motivo, puesto que el ladrón y el asesino son evidentemente una misma persona.

—No esperará encontrarla bajo este techo, ¿verdad? —se irguió, echando hacia atrás su larga cabellera dorada.

—No sea tan susceptible, señorita Barner. Se lo aseguro, no ha sido mi intención molestarla.

—No olvide que nosotros hemos sido los robados.

—No exactamente —puntualizó el teniente—, porque el pago de la joya no había sido aún efectuado.

En ese punto quedó interrumpida la conversación.

Acababa de abrirse la puerta, entrando en el saloncito Peter Barner. Un joven alto, muy delgado, que vestía de color claro.

—¿Molesto?

—En absoluto —respondió Steve Hooper—. Todo lo contrario.

Estaba deseando hablar un poco con usted. Soy de la policía...

Se arrugó la frente del recién llegado, y de un modo tan marcado, que no pudo pasar desapercibido.

—¿No sería mejor —inquirió, tras una embarazosa pausa— que las preguntas se las hiciera a mi tío? El sí podría responderle con absoluta exactitud.

—Usted quizá también pueda hacerlo.

—No, no —se estaba poniendo cada vez más nervioso—. Yo no sé nada absolutamente. Ni tengo nada que ver con lo sucedido...

Steve Hooper pensó que, sin lugar a dudas, había mucho que preguntar a aquel joven. Pero prefirió, de momento, ceñir su interrogatorio al motivo que allí le había llevado.

De todos modos, de Peter Barner no sacó agua clara.

## CAPÍTULO VI

EN comisaría dio órdenes bien concretas a sus hombres. Se trataba de que, a partir de aquel mismo instante, se desplegara una estrecha y a la vez discretísima vigilancia sobre todos y cada uno de los personajes con los que él se había entrevistado y que podían estar complicados en aquel asunto.

Steve Hooper regresaba ahora a su apartamento. Un ático muy pequeño, pero a él le bastaba y sobraba. Además, no se hallaba excesivamente lejos de la comisaría y eso le evitaba tener que coger el coche.

Como esta noche, que prefería regresar andando. A pesar de que había bastante niebla y no parecía apetecer el paseo.

Transitaba por una acera desierta, un poco húmeda, cuando de pronto distinguió a través de la oscuridad una figura escurridiza, sospechosa, que se protegía tras la esquina más cercana. Presumió de inmediato que aquello olía a chamusquina; lo suficiente para dar un salto de costado e ir a caer en la calzada.

Y es lo que hizo, con una rapidez de relámpago. Gracias a lo cual, sin duda, salvó la vida, pues la bala que le iba destinada, de no haberlo hecho así, le hubiera alcanzado plenamente en lugar de rasgarle la manga de la americana.

Sacó su pistola, pero ya otro disparo, desde la misma esquina, le anunciaba que su enemigo no cejaba en sus intenciones.

Rodó sobre la calzada, sobre sí mismo, y fue a protegerse tras un coche aparcado.

Entonces el desconocido, comprendiendo que de nuevo había errado el tiro y que persistir en sus intenciones entrañaba excesivo

riesgo, optó por huir.

Steve Hooper disparó contra los pasos que se alejaban a todo correr, pero la oscuridad y la niebla borraban las formas, los contornos, y resultaba difícilísimo dar en el blanco.

Le persiguió.

Pero no, no consiguió darle alcance. El desconocido se metió en un coche que le esperaba, y desapareció de allí.

Steve Hooper siguió hacia su apartamento tranquilamente. En otras circunstancias parecidas o peores se había visto. Estaba acostumbrado.

Pero no habían acabado para él las emociones del día.

Al abrir la puerta de su apartamento y encender la luz, vio un papel en el suelo. Alguien lo había hecho pasar por la ranura de la puerta.

Se agachó y desplegó el papel, torciendo la boca en un gesto de menosprecio así que iba leyendo su contenido.

*«No siga metiéndose en el asunto de la pulsera de brillantes. He errado dos tiros, pero en mi pistola quedan más balas.»*

A la mañana siguiente puso en conocimiento de su jefe las novedades dignas de mención acaecidas el día antes, y aludió a aquel anónimo.

—Que en parte es de agradecer —dijo el capitán Brown—, porque con esa amenaza se le indica bien claramente, Hooper, que está usted ya rozando la personalidad del asesino, aunque no sepa aún quién es.

—Algo me induce a dar esquinazo a esa demasiada lógica suposición.

—¿Qué quiere decir...?

—Que quizá se trate de alguien a quien yo todavía no conozca personalmente, y que de esta forma intenta desviar mi atención hacia otro sector.

—Sí, es una tesis aceptable.

—Además —detalló Steve Hooper—, algo no encaja... Los disparos que me hicieron desde la esquina de la calle fueron efectuados con rifle... Pero en el anónimo dice: «En mi pistola quedan más balas.»

—¡Caray, sí que está liado esto! —y sonriendo—. Debe sentirse usted, Hooper, como pez en el agua, ¿no es cierto? Siempre le han

gustado los casos enrevesados.

—Sí, jefe, son mi debilidad. No estaría bien que lo negara.

—¿Qué va a hacer ahora?

La respuesta no se hizo esperar.

—Voy a ir a observar la boca de alcantarilla por la que finalmente salió y huyó el sujeto que hizo fuego a un coche de la policía, en la Madison Avenue, muy poco después de que fuera robada la pulsera...

—Eso significa que usted también relaciona entre sí los dos hechos.

—Lo doy por factible, esto es todo. Bien mirado, ese sujeto terminó desapareciendo en el barrio negro... Y resulta que es una muchacha negra la primera víctima... Hay afinidad de color, esto es innegable.

Pero cuando subió al «Mereury», de su propio departamento, e hizo girar la llave de contacto, Steve Hooper estaba pensando única y exclusivamente en Pamela Barner.

Dio la marcha, pensando ya exclusivamente en la misión que debía desempeñar y en las precauciones que resultaba aconsejable adoptar, ya que, después de aquel botón de muestra, del resto no había por qué hacerse ilusiones.

Y en Harlem, se dirigió hacia ese sector escenario final de aquella huida.

Se apeó.

Encendió un cigarrillo.

Se quedó mirando la boca de aquella alcantarilla, y seguidamente hizo otro tanto con los alrededores.

La calle no era muy ancha, pero tampoco excesivamente estrecha. Las fachadas de las casas mostraban suciedad. No muy lejos había un supermercado, donde los clientes, eran de raza negra.

Hacia el otro lado, había una barbería. A escasos metros de allí, destacaba un edificio recién construido, donde un rótulo constaba así: «Clínica Dobbs.» En aquel momento una ambulancia se detenía allí.

Siguiendo adelante por aquella calle, había un hombre viejo y encorvado, un limpiabotas. Y unos pasos más allá, un bar, abarrotado de clientes.

Y junto a la primera bocacalle, el número ciento trece. Steve

Hooper se dirigió decididamente hacia allí y subió andando hasta el tercer piso. Por descontado no había ascensor. Pulsó el timbre. No le abrieron y volvió a llamar, esta vez de forma persistente.

Al final la puerta se entreabrió.

—Pase..., pase... —había aparecido un negro joven y fuerte—. Soy Tom Maybor. Usted es el teniente Steve Hooper.

—¿Me conoce? —preguntó.

—No, no... Pero sabía que iba a venir...

—¿Quién se lo ha dicho?

—Henry... El portero del Perry Club.

—Comprendo.

—No tengo simpatía a la policía —reconoció—. Hubiera preferido que no viniera. Pero ya que está aquí, lo razonable es colaborar...

## CAPÍTULO VII

EL piso olía a guiso barato y a water poco limpio, una mezcla deplorable. El desorden imperaba por todas partes.

—Vivo solo, ¿sabe? —dijo Tom Maybor, como disculpándose.

El pasillo era estrecho y las habitaciones reducidas. Sólo la pieza principal tenía cierta holgura.

—Siéntese si gusta.

Steve Hooper había quedado en pie, con la mirada fija en una fotografía cuidadosamente colocada en un marco dorado. Era de Sara Mitchel.

—Fue mi novia —dijo Tom Maybor—. Usted ya lo sabe... Los policías siempre lo saben todo... —y agregó con los ojos velados por un vaho de lágrimas—. La quise mucho. Tanto, no podré querer nunca a ninguna otra.

—Ayúdeme a conseguir que el asesino sea detenido.

—Estoy dispuesto a colaborar con la policía, ya se lo he dicho. No me vuelvo atrás. Pero todo cuanto yo sé, no creo que en realidad tenga importancia.

—Me lo explica todo y seré yo quien le diga si tiene o no importancia, ¿le parece?

—De acuerdo. Pues bien... —pero se detuvo unos instantes.

Como sea que vacilara ostensiblemente, Steve Hooper esbozó una sonrisa amable, animándole así a proseguir.

—Pues bien... —repitió—, un día antes de su muerte, Sara me telefoneó. Dijo que era preciso que habláramos. Me citó en un bar que hay en esta misma calle. Sin duda ha pasado usted por allí.

—Sí, sé a qué establecimiento se refiere —y sin transición—.

Dígame, cuando acudió a esa cita, ¿hacía mucho tiempo que no veía a Sara Mitchel?

—No, no... —le hizo saber—. Nos habíamos visto un par de meses atrás. Ella estuvo enferma y yo no pude dejar de acudir a su lado.

—Comprendo. Prosiga usted.

—Acudí a la cita. Ella ya estaba. Ocupamos un reservado —Tom Maybor respiró hondo—. Encontré a Sara, ¿cómo le diría yo?, extraña, enigmática, como ella no solía ser. Se había enterado de algo...

—¿De qué? —inquirió Steve Hooper.

—No me lo dijo. Pero me habló de una tal Mia Carter, una muchacha que trabaja de acomodadora en un cinematógrafo.

—¿Qué le dijo de esa tal Mia Carter?

—Me habló de que esa muchacha, amiga suya, había sorprendido una conversación... Y se lo había explicado todo a ella... Yo le pregunté a Sara para qué, en conclusión, había querido verme a mí. No terminaba de adivinar el motivo. Entonces me dijo que necesitaba que alguien le prestara un favor...

—¿Y qué favor era ése?

—Me quedé sin saberlo. Cuando iba a decírmelo, de pronto cambió de parecer... «No, no —exclamó—, estaría mal que te metiera en un asunto feo. Tú eres lo único bueno y limpio de mi vida. ¡Adiós, Tom!» Y sin más se levantó, marchándose del reservado.

—¿No volvió a verla? —quiso concretar Steve Hooper.

—No.

—Me estaba haciendo la ilusión —confesó el teniente— de que su relato me llevara a algo más positivo que a esta vaguedad final.

—No puedo contarle una cosa por otra. Sucedió tal como le he dicho.

—¿Está seguro de que no olvida nada? —y le escrutó con la fijeza de su mirada.

—Se lo he contado todo, teniente.

—Un pormenor ha quedado suelto... ¿De qué color es la piel de Mia?

—No lo sé. Sara no aludió a eso...

—Bien, gracias por todo. Ya no le molesto más.

E instantes después, el teniente Steve Hooper salía de aquel piso, que seguía oliendo insoportablemente.

\* \* \*

Ya en la calle, se detuvo antes de dirigirse adonde había dejado detenido su «Mercury». Debía localizar a Mia Carter.

Pero al pasar ante el bar, el mismo que poco antes mencionara Tom Maybor, el teniente quedó parado en seco. Acababa de ver, a través de los cristales de la puerta a una persona cuyo rostro había reconocido. Un rostro que nunca viera personalmente, pero sí, en repetidas ocasiones, en los ficheros de la policía. Decidió dejar para más adelante la búsqueda de Mia Carter.

Entró en el bar, pero teniendo que hacerse paso entre los clientes e incluso dando codazos para poder llegar hasta la mujer. Porque era una mujer, y muy hermosa por cierto, aunque de raza negra, la persona cuyo rostro él había reconocido.

—¿Qué tal, señora Siking?

La esposa del joyero permanecía en un extremo de la barra. Se hallaba sola, aunque indudablemente debía estar esperando que llegara alguien.

Se giró sobresaltada hacia el teniente Steve Hooper, cuya expresión irónica le sentó como un verdadero jarro de agua fría.

—¿Me conoce usted? —preguntó.

—Sí —dijo, y la sonrisita no desaparecía de sus labios.

—No le tengo presente... —la voz le salía sofocada, como si los pulmones no le funcionaran bien.

—No nos hemos visto hasta ahora —hizo constar—. Pero soy policía... —le enseñó la placa—. Teniente Steve Hooper... Recuerdo sus fotografías... Las he visto repetidamente en los ficheros de...

—No hace falta que puntualice —le interrumpió.

—¿Qué le parece, señora Siking, si ocupamos un reservado? Me gustaría hacerle un par de preguntas y aquí, entre tanta gente...

Ya donde no era fácil que nadie se inmiscuyera en sus cosas, el teniente Steve Hooper prosiguió:

—Ante todo, señora Siking, ¿qué hace usted aquí? —y antes de que la interesada le respondiera—: Este ya no es su mundo.

—Dígame antes, ¿qué sabe de mí...? —pero ella misma se dijo que era tonta su pregunta. Sin duda el teniente lo sabía todo.

—Sé —repuso Steve Hooper— que hoy día es usted una dama

respetable y respetada. Pero sé también que hará unos cinco años se vio mezclada en un robo...

—Yo no tuve nada que ver con aquello —se defendió—. Por lo demás, así lo sentenciaron los jueces.

—Es cierto —convino el teniente—. Pero a partir de entonces usted fue rica, muy rica... ¿Cómo llegó ese dinero a sus manos? Ya lo explicó a su modo, sí, claro, ya lo explicó... Sin embargo..., ahora ha desaparecido una pulsera de brillantes valorada en más de un millón de dólares...

—¡Teniente! —se escandalizó—. ¿Me está acusando de robarle a mi propio marido? ¡Se extralimita usted!

—Con franqueza, señora Siking, estoy esperando que me pida que no le cuente a su marido nada referente a su vida pasada...

—Mi marido ya lo sabe todo.

—La sinceridad siempre es una virtud.

—Mi gran amor por él no podía encubrir ninguna deslealtad, ni tan siquiera una mentira.

—Bien, bien —la mirada penetrante, viva, suspicaz, aparecía nuevamente en los ojos del teniente—. Pero aún no ha respondido a mi primera pregunta.

—No me gusta que nadie se meta en mi vida privada.

—Quizá deba admitirlo, si considera que su deber es ayudar a la policía. Pero, en fin, de momento no deseo atosigarla más. Pero dígame al menos una cosa... Si usted no tiene secretos para con su marido, en tal caso debe saber que usted está ahora aquí, ¿no es eso?

La señora Siking palideció.

—No, no lo sabe —respondió finalmente, aunque no sin esfuerzo.

Había ido a aquel bar por algún motivo, y sin duda poderoso. Pero ahora ya sólo deseaba salir de allí, y cuanto antes.

—Debo irme ahora mismo... Adiós...

—La acompaño —dijo Steve Hooper.

Y se alegró de su gentil ofrecimiento, cuando ya en plena calle, sin reparar en su presencia, un joven de raza blanca, bastante alto y fuerte, de cabello castaño claro, se plantó de pronto ante la señora Siking, exclamando:

—¡Debiera darte vergüenza llegar a tanto! ¿Quieres perdernos a

todos...? ¡Vuelve a casa inmediatamente!

Se interrumpió al darse cuenta de que no iba sola. Quedó crispada su expresión.

—Es James Siking —dijo la esposa del joyero—. Es mi cuñado.

## CAPÍTULO VIII

LOS ojos de Mia Carter brillaban más que nunca.

Y este pormenor no pudo pasar desapercibido a una de sus compañeras de trabajo.

—Oye, Mia, ¿estás enamorada...?

A la muchacha le faltó tiempo para responder, en el colmo de su incontenible felicidad.

—¡Oh, sí! Ahora el mundo es maravilloso para mí. Y ha sucedido de un modo tan rápido... ¡Casi no termino de creerlo...!

Había conocido a un hombre, blanco, que desde el primer momento demostró sentirse profundamente interesado por ella. Por lo visto tenía muy buena posición. Era muy elegante. Poseía un fantástico coche de color rojo.

—Y mañana, aprovechando que es día festivo, voy a ir a casa de sus padres. Quieren conocerme. Sí, parece un sueño.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —se interesó su compañera.

—Sólo siete días —dijo Mia.

—¿Y ya quiere presentarte a los suyos? —se asombró la compañera—. Quizá sólo pretenda pasar el rato contigo. Puede que eso de la familia, de la boda, sea únicamente el decorado... —y repitió—: Ten cuidado, Mia.

—Se comporta con mucha seriedad, no intenta propasarse.

—Mejor, Mia. Ya me contarás el lunes cómo te ha ido todo. ¡Suerte!

El leve temor que por unos instantes albergara Mia Carter, se desvaneció al poco rato. Y ya no quedó ni el recuerdo, cuando recibió una llamada telefónica y resultó ser de aquel hombre que

había conocido unos días antes.

—Mañana te iré a buscar en mi coche, a eso de las diez, ¿te parece? Oye, te esperaré en el pasaje... Es más discreto.

Ella dormía en una pensión aceptable, donde disponía de una habitación aseada y pulcra. Allí se encontraba a gusto, aunque se había dado cuenta en más de una ocasión de que los huéspedes no eran todo lo honorables que aseguraba la patrona. A veces, incluso, la patrona recibía visitas, por una sola noche.

Aquella mañana, Mia salió de su habitación a la hora exacta.

—¡Hola...!

Él estaba ya allí, junto a su coche rojo. Un coche rojo que tenía una pequeña abolladura en la portezuela derecha, junto al volante.

—Hola —le respondió él.

Unos minutos después, quedaba ya muy atrás Nueva York. El acelerador había sido apretado a fondo.

—Vamos demasiado aprisa...

El hombre frenó el coche.

—¿Nos apeamos un poco? —propuso.

—No estaría bien que hiciéramos esperar a tus padres.

—Aún es pronto —sonrió—. Demos un pequeño paseo por aquí y luego reemprenderemos la marcha... Si a ti te parece bien...

—Sí, sí... —sin embargo, ya no las tenía todas consigo.

Pero desconfiaba en un sentido normal.

¿Cómo iba a imaginar ella la suerte que le esperaba? ¡Ni que estuviera loca, rematadamente loca, para dar cabida en su mente a una idea tan desquiciada, tan perturbada!

En realidad, el final de Mia Carter iba a producirse a una velocidad vertiginosa, que no le daría tiempo ni a respirar.

Paseando por aquellos solitarios lugares, habían llegado junto a unos tupidos matorrales. El hombre se le acercó un poco más de la cuenta y ella supuso que iba a pedirle algo deshonesto.

Pero él no despegó los labios.

Disparó a bocajarro, y Mia Carter sintió un dolor horrible en el cuerpo.

Disparó de nuevo, varias veces, y Mia Carter cayó muerta.

El hombre se agachó sobre el cuerpo de la muchacha, colocándolo hacia arriba. De un manotazo le desabrochó el vistoso vestido a rayas verdes y amarillas. Y rasgó las otras prendas,

apartándolas.

Hecho esto, sacó un afilado cuchillo del bolsillo de su americana, y lo empuñó con fuerza.

Tomó impulso y... lo incrustó en aquella carne oscura. Luego hizo un largo, profundo e incisivo corte.

Seguidamente hurgó con sus propias manos, con sus propios dedos, en el abdomen de aquella muchacha.

Buscó... Buscó...

Fue la suya, como aquella otra vez, una desesperada, desequilibrada, enloquecida búsqueda.

Tampoco encontró lo que buscaba.

—¡Maldición! —volvió a exclamar.

\* \* \*

—No cabe la menor duda —dijo el doctor del laboratorio—, se trata del mismo asesino. Análogas características en todos y cada uno de los pormenores del crimen.

—Sí, evidentemente... —convino el teniente Steve Hooper.

—Debió ser asesinada —agregó el doctor— anteayer... El domingo, sí, a eso de media mañana.

—Desde entonces, pues, su cadáver ha debido permanecer entre aquellos matorrales, ¿no es eso?

—Sí —afirmó—, ha debido permanecer allí, donde por desgracia no han sido encontradas huellas digitales. Siguen sin darle facilidades, teniente.

—No sólo no me las dan —rezongó, sino que me las quitan. Mia Carter era una buena pista.

Steve Hooper salió del laboratorio de bastante mal humor. Todo se estaba complicando. Nada se aclaraba.

Además, ¿qué clase de mentalidad era la de aquel asesino? ¿Y qué perseguía ampliando de un modo tan escalofriante el horror de sus crímenes?

¿Y qué relación podía existir, si es que verdaderamente existía, entre la desaparición de la pulsera de brillantes y aquellas muertes, siempre efectuadas con muchachas negras?

## CAPÍTULO IX

EL PERRY Club ofrecía una gran animación. Lo que no resultaba nada insólito, pues por lo general sus veladas constituían un éxito estimable para McQueen, el dueño del local.

Steve Hooper penetró allí con el cigarrillo humeante entre los labios, y se acercó a la barra solicitando un whisky al barman.

—Un whisky que paga la casa.

Se giró hacia quien acababa de pronunciar estas últimas palabras.

El propio McQueen estaba allí. Sonreía afablemente.

En aquel momento se apagaron las luces, sólo quedaron las indirectas, y apareció un foco que iluminó la pista.

—¡Ya verá, teniente, qué adquisición he hecho! ¡Es una chica realmente preciosa! Como artista, ¡uf! —resopló—, detestable, o poco menos. ¡Pero fíjese en su anatomía!

Apareció la muchacha en cuestión, por cierto muy ligera de ropas. Y Steve Hooper tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no respingar.

Allí en la pista estaba Pamela Barner.

—¿Dónde la ha encontrado? —preguntó el teniente.

—Ha venido a buscar trabajo —respondió McQueen—. No tenía ninguna vacante, pero lo cierto es que no he querido dejarla marchar...

—A sus años, McQueen, las jovencitas suelen ser una bebida demasiado fuerte...

—He sido un gran bebedor toda mi vida, teniente.

Pamela Barner cantó y bailó con escaso arte, pero consiguió

aplausos. Tenía un cuerpo magnífico, sensacional, y ello saltaba a la vista.

Cuando volvió a la sala, ya debidamente vestida, Steve Hooper se dispuso a ir a su encuentro.

—Con su permiso, McQueen.

Se separó de la barra y fue hacia la muchacha, no sin antes darse cuenta de que, en una de las mesitas más discretamente situadas, se hallaba el joyero Richard Siking y su atractiva dependienta, Margaret Prosson.

Pero hizo como que no les veía.

Llegó hasta Pamela Barner.

—Buenas noches... La invito a una copa. Sentémonos en esta mesita.

—¿Ah, usted...? —y sonriendo—. Me alegro de que no venga en plan oficial.

—¿Qué hace usted aquí, señorita Barner? —se mostraba tirante y contenida su expresión—. ¿A qué ha venido a este lugar?

—Por lo visto tiene interés en saberlo.

—Sí.

—¿Pregunta el policía?

—Sí —repitió. Esta vez había de añadir—: Pregunta el teniente Steve Hooper, del Departamento de Homicidios. Puedo detenerla. Mire lo que dice.

—¿Detenerme? —se rio Pamela Barner—. ¿Y de qué me acusaría?

—De peligrosa —puntualizó.

—¿Peligrosa yo? —volvió a reírse—. Pero si soy la chica más inofensiva del mundo.

—Estoy dispuesto a admitirlo así, pero antes ha de explicarme, y de forma convincente, el motivo por el que la he encontrado aquí. Debe ayudarme, señorita Barner. En este asunto han habido ya dos muertes. Hagamos lo posible para que no haya que añadir una más a la lista.

—Parece dar por seguro, teniente, que mi presencia aquí, en este club, tiene que ver con la desaparición de la pulsera de brillantes.

—¿Acaso me equivoco? —preguntó, y la mirada del teniente se hizo aún más escrutadora.

Algo se desarmó de pronto dentro de Pamela Barner.

Comprendió que era ridículo seguir comportándose de aquella manera.

Se puso seria, confesando a media voz:

—Teniente, necesito ayuda —y respirando hondo—: El otro día ya le hablé de mi padre y de mi primo Peter, ¿recuerda?

—Me dijo que desde el día que usted se encaprichó de la pulsera, era como si se odiasen... Bueno, por lo menos como si su primo Peter odiase a su padre... Sí, recuerdo perfectamente sus palabras.

—Se lo expliqué —repuso Pamela— porque ya entonces estaba asustada y porque usted me fue simpático... Pensé que quizá pudiera ayudarme.

—Siga, señorita Barner.

—Pero bien mirado, no puedo estar esperando que un desconocido arregle mis propios asuntos. Por lo que he decidido intervenir personalmente.

—¿Adónde quiere llegar? —había fruncido la frente—. ¿Acaso no comprende que se está arriesgando más de lo que resulta sensato?

Pamela respondió sólo a la primera pregunta:

—No sé adónde quiero llegar. Sólo sé, teniente, que Sara Mitchel trabajaba aquí y que sabía algo referente a esa joya... Pudiera ser la pista que busco.

—¿Qué pista busca? Si no me lo dice, no acierto a saberlo. En realidad, usted debe estar convencida de que los suyos se hallan al margen de todo este lío. ¿O acaso sospecha lo contrario...?

—Mi primo Peter siempre ha querido entrañablemente a mi padre. Es extraño que ahora le odie.

—Creo que debe dejar de trabajar aquí, señorita Barner. Se arriesga innecesariamente.

—¿A qué riesgos alude, teniente? —ahora se permitió volver a sonreír un poco—. ¿A los que pueden llegarme del ladrón de esa joya, de ese asesino que anda suelto, que según usted me dijo debe ser la misma persona, o acaso se refiere a las acechanzas sentimentales del señor McQueen?

A la pregunta respondió con otra:

—¿No se le ha ocurrido pensar que el ladrón, el asesino y el señor McQueen sean uno mismo...?

Pamela Barner palideció.

—De todos modos —sentenció, si bien tras una larga pausa—, de aquí no me voy. He venido a sacar algo en claro... —pero su valentía era por lo visto bastante relativa, ya que se apresuró a añadir—: Usted me tenderá una mano si lo necesito, ¿verdad, teniente?

Este ironizó, tuteándola ya:

—Si te ves en peligro, preciosa, silba... Acudiré tan pronto pueda.

\* \* \*

Cuando salía del Perry Club, y mientras se dirigía hacia su coche que había dejado aparcado no muy lejos de allí, el teniente iba diciéndose a sí mismo que Pamela Barner podía pagar muy cara su tozudez.

Pero Steve Hooper dejó de reflexionar.

De pronto, de las sombras de la noche surgieron cuatro individuos de talla superior, fuertes de tórax y anchos, anchísimos de espaldas.

Los cuatro tipos se lanzaron al unísono sobre él. Pero no estaba dispuesto a ofrecerles facilidades.

—¡Atrás, gentuza...! —barbotó, revolviéndose como un felino contra el primero que se le puso al alcance.

Le soltó en la mandíbula un directo demoledor, que le dejó, sin necesidad de más, tumbado inexorablemente sobre la acera. Tardaría varios minutos en volver en sí. Pero quedaban tres individuos más.

Se encaró decididamente contra ellos, pero ante todo tuvo que detener el golpe que el más alto trataba de encajarle en el hígado y que pudo evitar casi milagrosamente.

No obstante, los otros dos sujetos se lanzaban ya contra él, y uno de ellos sí le dio.

Steve Hooper cayó al suelo, pero se levantó rápido, evitando que sus contrincantes remataran el trabajo aprovechando su momentánea ventaja.

Quedó de nuevo dispuesto a hacerles frente.

Uno de ellos pasó al ataque en plan de karate, pero él, sobradamente conocedor de este tipo de lucha, efectuó una efectiva y contundente contrallave, quedando así momentáneamente libre

de su rival.

Pero tenía encima de nuevo a los otros.

Uno de ellos, poco después, consiguió sujetarle por un brazo, pero Steve Hooper también pudo salir bien de ésta, pues supo revolversse y voltearle aparatosamente contra el suelo.

Sin embargo, otro de ellos le atacó por la espalda, retorciéndole salvajemente el brazo por atrás.

Steve Hooper quedó entonces sin apenas poder moverse.

—Dejarás de inmiscuirte en este asunto, teniente de poca monta... —masculló uno de aquellos individuos—. ¿De acuerdo...? Si no respondes afirmativamente, te daremos puñetazos hasta dejarse seco. Qué, ¿de acuerdo? —le apremió.

—No —exclamó Steve Hooper.

Recibió un durísimo golpe, pero había hecho la necesaria contracción de estómago y el dolor resultó soportable.

—Dejarás el asunto, ¿eh...?

—No, no... —decía y repetía Steve Hooper.

Continuaron los puñetazos. De forma inexorable. Ahora eran dos los que le sujetaban y los otros dos, el primero ya se había levantado del suelo, los que pecaban.

La superioridad numérica, finalmente, iba a poder más que nada.

Finalmente le dejaron sobre la calzada, como un fardo, lleno de hematomas, con el labio partido y sangrante.

—Ya tiene bastante —murmuró uno de ellos—. Cuando recupere el conocimiento, no creo que le queden ganas de seguir dándoselas de jabato.

Pero lo que esos sujetos no supieron, era que, así que ellos se perdieron a lo largo de la calle oscura, Steve Hooper se levantó. Un poco tambaleante, sí, pero sin necesidad de que nadie le ayudara.

De la esquina más próxima surgió uno de sus agentes.

—Teniente Hooper —le dijo—, usted lleva demasiado lejos su sentido del deber. La paliza ha sido fenomenal...

—¿Han obedecido mis órdenes? ¿Han seguido a esos hombres...?

—Sí, teniente.

## CAPÍTULO X

EL público se había ido. El Perry Club había cerrado ya sus puertas. Eran las dos de la madrugada.

Pero Pamela Barner aún estaba allí. El dueño del local le había rogado que se quedara unos instantes más, pues quería hablar con ella de algo importante.

No le agradaba vérselas con un hombre de la catadura de McQueen, con planta de caballero, eso sí, pero con una moralidad que dejaba mucho que desear. Un hombre que, sin lugar a dudas, iría a proponerle algo deshonesto.

Pero, ¿se limitaría a proponérselo...? Pamela volvió a estremecerse, cada vez sintiéndose más insegura.

—Te he hecho esperar un poco. Discúlpame.

El dueño del local apareció sonriente y cordial ante la muchacha.

—No se preocupe, señor McQueen.

—Me ha gustado cómo has actuado —McQueen seguía sonriendo—. No tienes mucha voz, pero has sabido moverte y mostrarte atractiva, insinuante... Bueno, eso a ti no te cuesta mucho, ¿eh, monada? Llevas en propiedad un buen bagaje de encantos.

—No me considero fea —le devolvió la sonrisa, pero sólo para así disimular mejor su intranquilidad.

—No, no —se apresuró a hacer constar el dueño del local—. ¡Si eres un bombón de pastelería de lujo! La verdad, monada... —le pasó el brazo por los hombros, estrujándola—, me has dejado tonto...

—Me envanece usted, señor McQueen.

—Tutéame... Vamos a ser buenos amigos.

—A juzgar por las libertades que ya se toma, busca usted esa amistad a marchas forzadas.

—¿Te molesta que sea así? Estoy seguro que no. A una chica inteligente que desea prosperar, siempre le ha de caer bien el interés de un hombre tan importante como yo.

—Me gusta sentirme conquistada, señor McQueen, no avasallada... Y conmigo, sépalo, es mejor usar métodos más elegantes, más refinados.

—Soy un hombre al que no le gusta que le hagan esperar. En ningún sentido. Es mejor que lo sepa.

—Lo lamento, señor McQueen, pero yo actúo a mi manera. No voy a cambiar por usted.

—Oye, monada —se sintió cogida bruscamente por el antebrazo —, no pretenderás tomarme el pelo, ¿eh? Eso yo no se lo consiento a nadie.

Pamela Barner se dijo que la cosa se estaba poniendo fea. Con aquel hombre no era fácil tratar. Por lo visto estaba acostumbrado a que todo le saliera de cara, y sin dilaciones.

Pero en aquel preciso instante, como si se tratara de un verdadero milagro, sonaron unos golpes en la puerta de entrada. En la puerta principal del local.

—¡Abran inmediatamente! ¡Es la policía!

McQueen se puso del color del papel. Y quedó quieto, envarado. Incapaz de reaccionar de buenas a primeras.

—¡Abran o derrumbaremos la puerta! ¡Abran a la policía! ¡Es una orden!

Finalmente, McQueen se dirigió hacia donde volvían a sonar los golpes.

Abrió.

¡Y que sorpresa más insólita e inesperada la suya! Apareció ante él, precedido por varios de sus agentes, el teniente Steve Hooper.

Un teniente de la policía con un traje lamentablemente deteriorado, con el rostro con hematomas y con un labio, el superior, partido.

—¡Queda usted detenido, McQueen! —exclamó Steve Hooper.

—¿De qué se me acusa? —protestó, con una actitud tan digna,

que dadas las circunstancias, resultaba ya ridícula.

—Cuatro de sus hombres me han atacado. Tendrá que explicarlo en comisaría.

—¡Es falso!

—Les hemos seguido, McQueen —le hizo saber, para abreviar—. Han subido a un coche y han ido hasta el chalet que tiene usted en la costa. Allí se disponían a esperarle. Pero les hemos sorprendido nosotros y están ya todos ellos detenidos. Han comprendido que resultaba inútil negar la evidencia y han cantado como pájaros en primavera...

Viéndose irremisiblemente atrapado, McQueen se desahogó, exclamando:

—¡Estúpidos! ¡Redomados estúpidos! ¡Se han dejado cazar como conejos...!

Los agentes se lo llevaron.

El teniente Steve Hooper quedó rezagado, para poder cruzar un par de palabras con Pamela.

—Te veo pálida...

—Ha venido muy a tiempo, teniente —no sólo le miró agradecida, sino también un poco tiernamente—. Estaba pasando un mal rato.

—¿Pues qué te esperabas?

—No he debido ser tan irreflexiva. Tenía usted toda la razón del mundo.

—Pues vuelve a tu casa y no te metas en nuevos berenjenales. Yo iré a verte así que me entere de algo nuevo. ¿De acuerdo?

—Sí, teniente —y añadió—: Por favor, cuídese también usted. ¡Vaya cara que le han dejado!

\* \* \*

McQueen empezó a sudar desahoradamente, cuando, ya en la comisaría, le dijeron cuáles eran los cargos que se le imputaban.

—¡Pero yo no tengo nada que ver con la muerte de Sara Mitchel! ¡Ni con la de Mia Carter!

Habían encendido un foco que daba de pleno en el rostro del dueño del Perry Club, medio cegándole. Al otro lado de la mesa estaba el teniente, cuyas preguntas, por su rapidez, parecían ametrallarle.

—Muy difícil de creer —dijo Steve Hooper—. ¿No fue usted

quien me disparó la otra noche? ¿No fue usted quien escribió aquella nota, dejándola en mi ático? Pues si usted no quería que siguiera buscando la pulsera de brillantes, esto significa que el ladrón es usted... Y es también el asesino de esas dos desgraciadas...

—¡No! ¡No! ¡No! —McQueen se mesaba desesperadamente los cabellos y sudaba a más y mejor.

Finalmente, optó por hablar claro. Por no callarse nada. Le convenía:

—Yo presencié casualmente como alguien quiso matarle, teniente... Aunque no vi a esa persona... Pero no fui yo quien disparó, se lo juro... Entonces se me ocurrió escribir el anónimo... Pensé que quizá terminara de asustarle. Fue una desagradable coincidencia que Sara Mitchel trabajara en mi local... No, no quería que usted siguiera husmeando en mi establecimiento... Por eso, esta noche, he dado órdenes a mis guardaespaldas para que le apaleen... Lo cierto es que en el Perry Club tengo una sala de juego... Si de eso se enteraba usted, me cerraría el negocio por una buena temporada... Pero esto es todo, teniente... No hay en mí más pecado que éste.

Steve Hooper torció la boca en un gesto displicente, irónico, casi burlón. Pero su gesto duró poco, porque el labio le hacía daño.

—¿Hemos de creer, McQueen, en su bonita historia?

—No tan bonita, teniente, me va a costar una buena temporada de cárcel.

—Le daré un margen de confianza, McQueen —terminó diciendo Steve Hooper—. Pero no porque su relato me haya convencido. Simplemente porque usted, por lo visto, es poco entendido en armas de fuego.

—No le comprendo, teniente. ¿Qué quiere usted decir?

—Aquella noche me dispararon con un riñe... Usted aludió en su anónimo a disparos de pistola... En buena lógica, pues, quien disparó no fue usted.

\* \* \*

Se propuso llevar a cabo una nueva tanda de interrogatorios.

El primero de los cuales iba a tener como protagonista a James Siking, el hermano del joyero.

James Siking, soltero y sin compromiso a sus treinta y tantos

años, vivía con su hermano y su cuñada. Al parecer siempre se habían llevado magníficamente y decían que todos sus gastos personales corrían a cargo de la joyería y de los bienes personales de la señora Siking.

Cuando el teniente Steve Hooper hizo sonar el timbre de la puerta, salió a abrirle una camarera joven y pizpireta.

Luego fue la propia señora Siking quien le recibió.

—En realidad —le dijo, luego de saludarla—, venía a hablar con su cuñado. ¿Está?

—Sí —asintió Vanessa Tate. Luego dijo—: Creía que venía a hablar conmigo.

—Sinceramente, señora, preferiría que fuera el hermano de su marido quien me concediera unos instantes.

—Bien —se limitó a decir.

Salió del saloncito en busca de su cuñado, el cual entró allí a los pocos minutos. Desde luego, a juzgar por su expresión, hubiera preferido no tener que conceder aquella entrevista.

—Lamento molestarle.

—Le esperaba —repuso James Siking—. Hubiera resultado extraño que no viniera. Y bien mirado, vale más que acabemos de una vez. Lo que haya de decirle, es mejor que quede dicho sin más dilaciones.

—¿Debo entender por sus palabras que tiene «algo» que decirme?

—No, teniente. No exactamente en el sentido que usted lo dice... De todos modos, los mezclados en este asunto debemos aclarar nuestra postura.

Se detuvo un instante y sacó su pitillera, extrayendo un cigarrillo luego de haber ofrecido al teniente.

Este había denegado. James Siking no insistió. Luego dijo:

—A usted le interesa saber el motivo que me indujo el otro día a encararme con mi cuñada en estos términos: «¡Debiera darte vergüenza llegar a tanto! ¿Quieres perdernos a todos? ¡Vuelve a casa inmediatamente!»

—Sí, efectivamente.

—Pues es sencillo de explicar —despidió un par de bocanadas de humo—. Todo lo sencillo que resulta admitir que una mujer, dominada por los celos, pierda la cabeza.

—Le escucho, señor Siking —y esperó a que prosiguiera.

—Todo fue bien entre Vanessa y mi hermano —dijo James Siking, tras una pausa en la que pareció poner en orden los acontecimientos—, hasta que entró como dependienta en la joyería Margaret Prosson. Supongo que ya la conoce usted, teniente.

Despidió otro par de bocanadas de humo, hacia lo alto, casi como si pretendiera que llegaran al techo, y prosiguió:

—A partir de ese momento, como le decía, surgieron los celos de Vanessa. Unos celos que amenazan acabar con todo. Y al decir «todo» —recalcó—, me incluyo yo... Sí, yo, teniente, que hasta he vivido generosamente protegido por la tolerancia de Vanessa. Siempre ha sido muy buena conmigo.

—No termino de entenderle bien.

—Se lo aclararé, teniente. Para que al menos respecto a mí, no tenga usted que devanarse los sesos, haciendo cabalas. Pues bien, hasta ahora he vivido a lo grande, sin tener que hacer otra cosa que dejarme querer por Vanessa. Querer —puntualizó— en el mejor sentido de la palabra. Se trata, simplemente, de que yo no opuse obstáculos a que mi hermano se casara con ella, a pesar del color de su piel. Al contrario, le animé a esa unión. Y por ello Vanessa me está agradecida, es generosa y buena por naturaleza.

—¿Qué más, señor Siking?

—Como verá, teniente, todo sería perfecto para mí, a no ser por esa tal Margaret Prosson y por los celos de Vanessa. Yo quisiera que Vanessa supiera tomar la situación con serenidad. En realidad, lo que siente su marido por Margaret Prosson, no creo que sea más que una llamarada... Y las llamaradas se apagan pronto... Pero Vanessa ha reaccionado violentamente y actúa de un modo peligroso.

—¿Qué quiere decir, exactamente?

—Por ejemplo, hará un par de meses —explicó, aunque un poco violento—, mi hermano se fue de viaje un par de semanas y ella se quedó aquí. Pero lo cierto es que Vanessa también se fue de esta casa y que no regresó en ocho o diez días. Temo que, guiada por sus celos, incluso se viera arrastrada hacia los brazos de otro. Yo la he encubierto, pero...

Se detuvo unos instantes.

Pero prosiguió casi en el acto:

—El otro día salió intempestivamente y yo la busqué.

La encontré en Harlem, usted fue testigo de ello. ¿Qué demonios hacia allí? Parece no darse cuenta de que si mi hermano, su marido, se entera de tales correrías..., tendría ya el motivo ideal para plantear el divorcio... Y entonces todo se habría venido abajo. Por lo menos para mí. Desunido el matrimonio, no cabe duda de que mi posición sería muy poco estable... Lo sé de sobra... Mi ángel de la guarda es Vanessa. Mi hermano, en el fondo, está ya muy harto de mí... En fin, teniente, creo que he hablado claro.

—Le agradezco su franqueza.

—De todos modos, si algo más desea saber, pregunte.

—No es preciso, señor Siking.

## CAPÍTULO XI

STEVE HOOPER volvía a encontrarse en aquella suntuosa mansión situada en la Quinta Avenida. Donde el alarde de riqueza resultaba casi ofensivo.

Pero en esta ocasión no era Pamela quien estaba ante él. Era el primo de la muchacha, Peter Barner, quien se hallaba dispuesto a responder a sus preguntas.

—Dígame todo lo que sepa referente a esa pulsera de brillantes valorada en más de un millón de dólares.

—¿Qué quiere que yo sepa? Yo no soy policía.

—¿Y eso qué tiene que ver? —espetó el teniente—. Yo lo soy e ignoro lo sucedido. Usted no lo es, pero puede saberlo...

—Para saberlo —hizo constar—, tendría que ser el propio ladrón. ¿Y tengo yo cara de ladrón, teniente?

—No suelo fiarme de las caras. Puede usted darlo por seguro.

—Sí, claro, es lógico —asintió, comprendiendo que su protesta no había tenido verdaderamente razón de ser—. Bueno, pues yo..., ya se lo he... he dicho... —tartamudeaba—, yo no sé nada... ¡Pobre de mí! ¿Qué voy yo a saber?

—Estoy al corriente por Pamela, su prima —dijo el teniente, como quien suelta un cañonazo—, que por culpa de esa pulsera de brillantes, usted y su tío...

No hizo falta que prosiguiera. Peter Barner explotó:

—¡Pamela no es más que una niña mimada! ¡Y la culpa es de su padre, que todo lo ha antepuesto y sacrificado a sus caprichos! ¿Y cuál ha sido el resultado...? ¡Usted no puede saberlo, pero yo sí!

—Prosiga, por favor.

—Mi tío está arruinado —exclamó Peter Barner, subiéndole el sofoco, la congestión, hasta la frente—. Y lo peor es que hace años que va hacia el abismo... Entonces hubiera podido evitar todo esto... Pero en lugar de decir la verdad, la ocultó... Y todo por Pamela, su niña mimada... Cualquier cosa antes que negarle nada... Una loca insensatez... Y a mí me ha arrastrado a esta derrota. He perdido la ocasión de acabar una carrera, o de hacer algo digno... En fin, Pamela aún no sabe nada... Su padre se lo dirá así que regrese de su viaje a Canadá, donde debe estar intentando salvar algo de este naufragio.

—En tales circunstancias económicas —dijo el teniente—, no tiene sentido que su tío se decidiera a adquirir la pulsera.

—No, evidentemente no tiene el menor sentido. Pero ni siquiera en aquel momento mi tío se atrevió a decir que no a Pamela. No se vio capaz de afrontar la verdad y dijo al joyero que enviara la joya... Pero, desesperado, se desahogó conmigo... Y yo, teniente, al enterarme de todos sus engaños, no pude hacerme cargo de sus razones, ni pude compadecerme de él... Desde entonces, hemos discutido una y otra vez... Pamela aún lo ignora.

Aún no había salido Steve Hooper de aquella casa, cuando el señor William Barner se dejó ver.

Acababa de regresar de su viaje. Antes de lo esperado. En realidad, no sirvió de nada. Todos sus esfuerzos habían resultado fallidos.

El señor William Barner era más joven de lo que el teniente Steve Hooper se había imaginado, pero le vio deshecho, destrozado, aniquilado. Llevaba impreso en su rostro el más trágico de los desalientos.

Tanto es así, que Peter no pudo seguir mostrándose insensible ante el profundo y estremecedor dolor de aquel hombre. Se acercó a él.

—Tío... —murmuró—, todo se arreglará... De una manera o de otra... Volveremos a empezar... Si tú te consideras viejo, aquí estoy yo que soy joven.

El señor William Barner no acertó, de puro emocionado, a pronunciar palabra ninguna. Pero abrió los brazos y le estrechó muy fuerte contra su pecho.

El teniente Steve Hooper, que creyó oírle sollozar, se marchó sin

más. No quiso molestar innecesariamente.

\* \* \*

Empujó la puerta y entró en la joyería.

Se alegró de que en el aquel momento no hubiera clientes.

—Buenas tardes, teniente.

Margaret Prosson fue la primera en salirle al encuentro.

Desde luego, era verdaderamente atractiva. ¡Tan pelirroja, con esas curvas que acusaba tan descaradamente, con esa boca incitante...!

—Buenas tardes, teniente.

Ahora era Richard Siking quien se adelantaba hacia él.

—Aquí me tienen de nuevo —dijo Steve Hooper, a guisa de todo saludo y de toda cortesía—. Pero esta vez no vengo dispuesto a escucharles mentiras. ¡Quiero la verdad de todo!

—Yo no le he mentado en nada... —susurró Margaret Frosson, aunque un poco acobardada ante los modales bruscos del teniente.

—Ni yo tampoco... —apuntó el señor Siking.

—¡No me gustan los cuentos chinos! —exclamó Steve Hooper—. ¡Conque sin cuentos y a cantar de plano!

Les exigió que hablasen claramente de sus relaciones amorosas, que en la primera entrevista habían tratado de encubrir.

—Ayer les vi en el Ferry Club —concluyó.

Fue entonces cuando Richard Siking se destapó, ya sin miedo a hacerlo. Si el policía no ignoraba las circunstancias, ¿para qué ocultarlas?

—Nos amamos, teniente. Esta es la verdad.

—Pero es usted casado... —recordó Steve Hooper—. ¿Qué va a ser de su esposa?

—No sé cómo enfocar la situación —reconoció Richard Siking—, pero finalmente tendré que hacerlo. Hágase cargo, teniente, una chica como Margaret Prosson no espera... Si no me divorciara de Vanessa, la perdería...

—Pero el dinero es de su mujer, señor Siking, y si ahora se divorcia, su esposa se llevará lo suyo... No va a dejárselo para que lo disfrute con otra.

—Sí, claro —admitió—. He pensado en todo. Pero por Margaret soy capaz de renunciar a lo que sea.

—Para mí el asunto tiene mala vuelta de hoja —opinó el

teniente, mirando a la atractiva dependienta—. No la veo a usted, señorita Prosson, capaz por su parte de renunciar a... nada.

La muchacha se dispuso a hacerse la ofendida. Pero no tuvo ocasión de hacer alarde de sus dotes de comedianta.

Sonó el teléfono.

Resultó que preguntaban por él. Era de la comisaría.

Se acercó al mostrador, cogiendo el auricular. Lo acercó firmemente a su oído.

—Diga. Sí, el teniente Steve Hooper al aparato... ¿Qué dice...? ¿Qué está diciendo...? ¿Un nuevo crimen...? ¿Otra muchacha negra...? ¿El mismo asesino...? ¡Voy inmediatamente!

## CAPÍTULO XII

SE trataba del mismo asesino. Todos los pormenores lo confirmaban así, sin lugar a dudas.

La víctima se llamaba Linda Crier. Tenía treinta y ocho años. Se ganaba el sustento como bibliotecaria.

Vivía con su madre y tres hermanos.

—Cuando fue hallado su cadáver, en las afueras, haría unas doce horas de su muerte —le informó el doctor del laboratorio—. Muerte ocasionada por varios disparos de pistola... Después, el corte de siempre, entreabriendo el cuerpo. Hace unos meses fue operada en el estómago... Un quiste...

—¿No se da cuenta...? —y la pregunta pareció hacérsela más a sí mismo que al doctor—. Las tres víctimas fueron intervenidas quirúrgicamente. Sara Mitchel, de la vesícula biliar... Mía Carter de una úlcera de duodeno... En cuanto a esta víctima, Linda Crier, de un quiste en el estómago...

—Sí, es cierto —asintió el doctor—. Pero, ¿puede tener ese detalle, acaso, algún significado especial?

—Si consideramos el hecho de que a ese asesino no le basta con matar, sino que abre el cuerpo de sus víctimas...

—¿Qué está deduciendo, teniente?

—Aún no estoy deduciendo nada en concreto, doctor. Sería precipitado hacerlo. Pero creo estar en una buena pista...

—Adelánteme algo, teniente. Está picando mi curiosidad.

—Le pondré al corriente de todo así que confronte un par de cosas.

Hizo un gesto de despedida con la mano y con sus zancadas

habituales se alejó de allí.

Al poco ordenaba a uno de sus agentes:

—Averigüen inmediatamente en qué clínica fue operada Sara Mitchel y Mia Carter y Linda Crier... Venga a comunicármelo así que lo sepa.

La respuesta no tardó en llegar. Ya se sabe, son sumamente rápidos y eficaces los métodos que usa la policía.

—Teniente, ya lo sabemos... Las tres muchachas fueron operadas en la clínica del doctor Dobbs. Está situada en una calle del barrio negro de Harlem.

Instantes después, el teniente partía al volante de su coche. En dirección, claro está, de la clínica del doctor Dobbs.

\* \* \*

El doctor Dobbs era negro, y tendría irnos cuarenta años.

—Siéntese, teniente —ofreció, con gentileza—. Y dígame en qué puedo servirle. Lo haré de mil amores.

—Venía a preguntarle —dijo Steve Hooper— por tres de sus pacientes... Las tres operadas aquí... Se trata de Sara Mitchel, de Mia Carter y de Linda Crier.

—Sí, las recuerdo. Fueron intervenidas el mismo día.

—¿Y hubo más operadas aquel día, doctor Dobbs, o fueron, las tres muchachas mencionadas, las únicas que entraron en el quirófano?

—Hubo otra intervención —repuso, pero sin decir más.

—¿A cargo de algún compañero de usted, o de usted mismo...? —quiso saber Steve Hooper.

—Fue paciente mía —dijo, pero esta vez, como la anterior, se limitó a no facilitar más pormenores.

Pero el teniente estaba allí para aclarar las cosas.

—Necesito saber quién fue esa persona —repuso, yendo al grano.

El doctor Dobbs vaciló un poco. Pero sólo un poco.

—Esa persona fue... la señora Siking. Su nombre es Vanessa Tate. Es... —de nuevo vaciló un poco— prima hermana mía. De todos modos, ella no desea que su marido sepa que yo la he intervenido. Las relaciones entre ellos son un poco tirantes y, comprenda, yo no quisiera que por mi causa...

—Quede tranquilo. Respetaré su secreto profesional. Dígame —

agregó—, ¿fue una intervención difícil?

—No, en absoluto. Una úlcera de estómago, que le extirpé sin afrontar riesgos ni dificultades de ninguna índole. Todo fue perfectamente.

—Bien, doctor, nada más —Steve Hooper le tendió la diestra—. Gracias por no haberme hecho esperar. Ha sido una gentileza por su parte.

El teniente salió del despacho.

Al llegar abajo, se dirigió rectamente hacia la oficina de información, donde había una negrita de rostro simpático, propensa a charlar largo y tendido con quien fuera.

—¡Ah!, ¿es usted policía...? ¡Oh!, ¿es usted teniente...? —le miró con agrado, sin poder o tal vez sin querer disimularlo.

—Dígame ante todo, señorita, ¿en esta clínica son de color todos los doctores, enfermeras, empleados y demás?

—Sí, todos —asintió.

—De todos modos, quizá de vez en cuando sea atendido algún blanco...

—No, no —le interrumpió, sin necesidad de esperar a que acabase.

—Entonces —recalcó— hará cosa de un par de meses, ¿no vio usted entrar en la clínica a un hombre blanco?

—No —la respuesta no se había hecho esperar.

—Pero pudo entrar sin que usted le viera, ¿verdad? Usted está aquí, pero no siempre pendiente de quienes entran y salen.

—No siempre, claro —admitió—. De todos modos, de ser un hombre blanco me hubiera llamado la atención, estoy segura.

—En fin —terció Steve Hooper, con visible contrariedad en su semblante—, si me he equivocado...

—¡Espere! —interrumpió la muchacha—. Acabo de recordar una cosa. Quizá sea de importancia para usted.

—La escucho.

—No hará mucho un hombre blanco se me acercó... No aquí, sino en el centro de la ciudad, y me rogó que averiguase los nombres de las personas operadas aquí el día doce de octubre, que es precisamente el cumpleaños de nuestro director-jefe. El desconocido me dio veinte dólares. No le di importancia al hecho... Hasta ahora, teniente.

—¿No ha vuelto a ver a ese hombre?

—No.

—¿Le reconocería si volviera a verle?

—Creo que sí.

—Pues será mejor que de momento deje el trabajo.

—¿Cómo...? —se quedó perpleja.

—Temo que esté usted en peligro, señorita. Un asesino anda suelto y si usted puede reconocerle... Será mejor que se ponga en manos de la policía.

A la muchacha le faltó poco para desvanecerse.

—No, no se asuste. Es una mera precaución. En realidad no está usted en peligro. El asesino debe sospechar que las deducciones de la policía han llegado ya hasta aquí.

Al salir con ella de la clínica, Steve Hooper miró primero a su alrededor y luego a lo largo de la calle...

Todo estaba igual.

## CAPÍTULO XIII

VOLVIÓ a presentarse en el piso del joyero.

En esta ocasión sólo se hallaba allí Vanessa Tate, la cual le recibió con cara de muy pocos amigos.

—¿Otra vez usted, teniente?

—¿La molesto?

—¿Usted qué cree? Bien, diga lo que sea. Pero sea breve, he de salir.

—¿Adónde quiere ir? ¿A la clínica del doctor Dobbs?

El rostro de Vanessa Tate quedó demudado.

—¿Cómo lo ha averiguado? ¿Quién se lo ha dicho?

—Esto es lo de menos. Pero, créame, debe sentirse satisfecha de que lo sepa. Así podré prevenirla y, en consecuencia, ayudarla.

—¿Ayudarme a qué?

—Está usted en un grave peligro, señora Siking. Si no lo sabe aún, ya es hora de que lo sepa —y le explicó, sin innecesarias delicadezas—. El día que usted fue intervenida, otras tres mujeres lo fueron asimismo en aquella clínica... ¡Pues las tres han sido asesinadas! De lo que se deduce que ahora le toca a usted...

—¡No...! —gimió Vanessa Tate—. ¿Qué sentido podría tener?

—Y esos crímenes están relacionados con la pulsera de brillantes que desapareció de la joyería de su marido, señora Siking —sentenció Steve Hooper— así que, si en algo aprecia su vida, le aconsejo que me diga todo lo que sepa.

No hizo falta más para que un miedo cervical se apoderara de la señora Siking.

—Hable, señora Siking. Haré lo que pueda por usted.

—Necesitaba saber qué había entre mi marido y Margaret Prosson —empezó a decir, casi jadeante—. Mi marido negaba, pero me desatendía... Forzosamente, yo tenía que sospechar. Así que, decidida a averiguar la verdad, le quité el llavero y saqué un molde de las llaves que abren las puertas de hierro... Las que dan al callejón... De este modo pensaba meterme en la joyería sin que me vieran y quedar a la expectativa de lo que pasara, una vez se cerrara el establecimiento... Ellos suelen quedarse allí un rato más, repasando las ventas del día... Eso dicen... Y el jueves, una mujer hace la limpieza... Entonces se quitan los candados de esas dos puertas... Hasta la noche no los vuelven a poner... Y pensaba ir un jueves, aprovechando esta circunstancia... Conseguí el molde y después las llaves, pero... las perdí...

—¿Dónde las perdió? —sonó seca y cortante su voz.

—Fui al Perry Club —repuso Vanessa Tate— un lugar donde me habían asegurado que habían visto repetidas veces a mi marido con esa mujer... Al salir de aquí las llevaba... Cuando regresé, ya no estaban en mi bolso...

—¿Con quién estuvo? ¿Con quién habló? —inquiría rapidísimamente, Steve Hooper—. ¿Con quién...?

—Con nadie —le interrumpió ella—. No estuve con nadie. No hablé con nadie. Debí perderlas, simplemente...

—No, eso no —aseguró el teniente—. Alguien se las quitó... Ese fue el ladrón... Que sabía lo referente a la limpieza del establecimiento.

—¿Y ese ladrón es el asesino de esas tres muchachas? —preguntó Vanessa Tate—. Pero, ¡por Dios!, ¿qué pretende matando a todas aquellas que fueron operadas aquel día en la clínica del doctor Dobbs...? ¿Está loco...?

—Sí, forzosamente tiene que estarlo.

—¿Qué hacía usted, en Harlem, en aquel bar, el día que yo casualmente la vi? —y aclaró—. Para terminar de atar todos los cabos.

—Esperaba al doctor Dobbs. Acababa de telefonearme, diciéndome que quería volver a verme. Temía que no estuviera todavía bastante recuperada de la operación.

—¿Por qué se operó en esa clínica, sin que su marido se enterara?

—El doctor Dobbs es primo hermano mío, y le tengo, como cirujano, una fe absoluta. Pero mi marido no me lo hubiera consentido... El odia todo lo que formó parte de mi mundo. Todo menos mi dinero. En realidad, excepto mi dinero, poca cosa más creo que le haya interesado de mí.

—Bueno, todo aclarado... —intentó mostrarse algo más suave—. Ahora va a hacer lo que yo le diga.

—Sí, teniente.

—Vaya a la clínica del doctor Dobbs. Diga que le miren el estómago con rayos X. Mejor, que le hagan unas cuantas radiografías. Con éstas, me viene usted a ver a la comisaría. Y sobre todo... —puntualizó— hasta que nos volvamos a ver en la comisaría, señora Siking, no se fíe usted de nadie.

—¿Que me miren con rayos X...? ¿Que me hagan radiografías...? No entiendo una palabra.

—Usted no. Yo... sí.

\* \* \*

El capitán Brown acababa de oír la explicación del teniente Steve Hooper. Se había quedado poco menos que con la boca abierta.

—¿Usted cree, Hooper...? ¿No le estará jugando en esta ocasión una mala jugada su imaginación...?

—Le he expuesto mis puntos de vista, jefe. En realidad aún no me atrevo a asegurar nada.

—Resultaría aceptable su idea —convino el capitán, tras una pausa—, a no ser por la chica de la oficina de información. Esta da por seguro que ningún hombre blanco penetró en la clínica.

—¡Se me acaba de ocurrir una idea! —exclamó Steve Hooper, de súbito—. ¿Cómo no la he tenido antes...? ¡Seguro que fue de esa manera...!

Salió de la comisaría como un relámpago y arrancó con su «Mercury» cuando aún no había cerrado del todo la portezuela.

Se apeó en aquella calle que ya conocía tan bien. La boca de la alcantarilla, la clínica del doctor Dobbs, el bar, la barbería, el supermercado y el viejo limpiabotas.

Fue directamente hacia éste.

—Buenos días... ¿Me limpia los zapatos? —colocó el pie en el taco de madera, mientras preguntaba—: ¿Poco trabajo?

—No mucho... —reconoció el viejo, y aplicaba ya el betún a los zapatos—. No es una buena zona. Pero me da para ir viviendo.

—Oiga —e hizo la pregunta como si nada—. ¿Usted vende betún?

—Nadie me lo pide.

—¿En ninguna ocasión se lo han pedido?

—Sí, sí —se animaron mucho los ojos del viejo—, en una ocasión sí... Fue un joven muy simpático. Me dio tres dólares por un tarro, ¡imagínese!

El teniente acababa de oír lo que esperaba.

—¿Cuánto hará de eso? —quiso asegurarse—. ¿Hace un par de meses un blanco le compró betún... negro?

—Sí, sí —volvió a asentir el viejo—. ¿Cómo lo sabe usted?

—Ya están bien de brillo mis zapatos. Y tome —le entregó cinco dólares— no quiero ser menos, quiero ser más que aquel joven tan simpático...

Ya se alejaba.

No se dirigió hacia su coche, sino hacia la clínica del doctor Dobbs. Vanessa Tate debía estar allí, así que pensó que lo mejor que podía hacer era ir a recogerla y luego dirigirse juntos a la comisaría.

Pero al llegar a la clínica, y al ser recibido por el propio doctor Dobbs, éste le dijo:

—La señora Siking ha venido a que le hiciera unas cuantas radiografías. Pero ya se ha ido. Por cierto —añadió—, he visto como, apenas ha pisado la calle, se le ha acercado un hombre. Han hablado unos segundos y se han ido juntos en el coche de él. Un coche rojo.

—¿Qué está diciendo? —barbotó Steve Hooper—. ¿Quién era ese hombre? ¿Le había visto usted alguna otra vez? ¿Era un hombre blanco...?

—Sí, blanco —asintió el doctor Dobbs—. No, no creo que yo le hubiera visto antes. Pero no podría asegurárselo. Estaba de espaldas a mí.

—¿Y qué ha visto usted a través de los rayos X?

—¿Qué tenía que ver...? —preguntó. Y como el teniente se resistiera a responder—. En las radiografías podrá constatarlo. Todo está en perfectas condiciones. Ninguna anormalidad.

—¿La señora Siking se ha llevado las radiografías? —preguntó.

—Un par de ellas —dijo el doctor—. Las restantes han quedado aquí. Si tiene interés en verlas, mandaré que las traigan ahora mismo.

—Se lo agradeceré.

Tenía razón el doctor Dobbs.

Ninguna anormalidad.

\* \* \*

Pocas horas después sucedió lo que el teniente Steve Hooper se estaba temiendo.

La policía encontró el cadáver de Vanessa Tate. En las afueras de la ciudad. Con varios disparos hechos a boca de jarro. Con el cuerpo abierto en un corte profundo, incisivo, que dejaba completamente abierto el abdomen.

—¿Y bien, Hooper...? —preguntó el capitán Brown.

—Vanessa Tate no llevaba encima lo que el asesino buscaba... —dijo el teniente, esta vez ya sin vacilaciones de ninguna índole—. Porque de no ser así no hubiera cometido un nuevo crimen... Que Vanessa Tate le ha defraudado, lo atestiguan de antemano las radiografías que se hizo en la clínica del doctor Dobbs. Así, pues, el asesino no ha conseguido aún su objetivo. Y por descontado, no cejará en su empeño... Hemos de colocarle un anzuelo. Tenemos mil posibilidades contra una a que lo morderá.

—¿Qué busca el asesino? ¿La pulsera de brillantes...? ¿Y dice usted, Hooper, que ya la tuvo en su poder...? Entonces..., acláremelo, ¿quiere?

—Logró coger las llaves que la señora Siking llevaba en su monedero. —Steve Hooper explicó los hechos tal y como él los veía—. Entró en la joyería, precisamente un jueves, robando la pulsera... En la Madison Avenue hizo fuego contra un coche de la policía, hiriendo a un agente y matando a otro. Pero logró huir por las cloacas... Sin embargo, al otro lado también le esperaba la policía y tuvo que echar a correr como un desesperado para despistarles. Era ya casi de noche, pero ni aun así se vio capaz de huir por aquellas calles. Era un hombre blanco y llamaba demasiado la atención... En eso, pasó ante un viejo limpiabotas... La idea debió ocurrírsele de pronto. Se acercó y le compró un tarro de betún negro. Con él se tiznó. Sabía que así tenía muchas más posibilidades de salir bien librado.

—Siga, Hooper.

—Al pasar ante la clínica del doctor Dobbs, debió pensar que ningún sitio sería más seguro que aquél, y penetró allí, sin que la muchacha de la oficina de información reparara especialmente en él. ¿Qué hizo después...? No puedo saberlo, jefe. Esta historia debe acabarla el propio interesado...

## CAPÍTULO XIV

**L**AS manos nerviosas de aquel hombre temblaron ostensiblemente cuando, tras desplegar el periódico, leyó en la página de sucesos:

«Un cantante de jazz lega su cuantiosa fortuna a su ex esposa, de color, Audrey Mastel, y a la hija de ésta. Pero la madre murió en la clínica del doctor Dobbs el día 12 de octubre de este año, a causa de una intervención quirúrgica.»

—Día 12 de octubre... —murmuró, tembloroso y excitado, el hombre que leía el periódico—. En la clínica del doctor Dobbs... 12 de octubre... La muchacha de la oficina de información no me habló del caso... Sin duda porque falleció la paciente... Entonces... ¡Ya sé dónde está la pulsera de brillantes! ¡Finalmente ya lo sé!

\* \* \*

Una espesa bruma se cernía sobre el cementerio.

El hombre permanecía escondido tras unos cipreses, a la espera de que la más completa oscuridad se adueñara del ambiente.

Sabía ya, con exactitud, dónde estaba la tumba de Audrey Mastel. Sólo se trataba, por tanto, de esperar lo preciso para poder actuar en consecuencia.

Llegó el momento.

Cogió un martillo y un cincel, dispuesto a dar los golpes que fueran precisos, hasta que pudiera levantar la lápida. Después abriría el ataúd y...

Pero de súbito varios focos le iluminaron, surgiendo de la oscuridad el metro ochenta y pico del teniente Steve Hooper, que exclamó:

—¡Queda detenido, James Siking, acusado de la muerte de un

policía y de cuatro mujeres negras!

James Siking, pues evidentemente se trataba del hermano del joyero, lanzó una soez interjección.

—He caído en la trampa, ¿eh? —masculló después de mirar las sombras de los policías, que surgían por todas partes—, Audrey Mastel no ha existido nunca.

—No, nunca —afirmó el teniente.

Y avanzó hacia él, firmemente dispuesto a hacer efectiva su detención.

Pero James Siking se lanzó como un loco hacia donde creyó ver una posible tabla de salvación. Un mausoleo a medio derruir, tras cuyos ladrillos se parapetó. Al poco hacía un par de disparos, para demostrar que no iba a ser un juego de niños su captura.

—¡No haga tonterías! —gritó Steve Hooper—. ¡Entréguese! ¡Toda esta zona está cercada por mis hombres! ¡No tiene escape!

—No me entregaré... —se oyó la risa histérica de James Siking—. Pero supongo que usted que se las da de tipo listo y valiente, vendrá a buscarme...

—Delo por descontado —sonó firme y decidida su voz—. La paciencia no es mi fuerte.

—Pues venga, teniente, y de una bala le partiré el alma.

—Iré en su busca, se lo prometo —dijo Steve Hooper—, No me asusta con sus bravatas. Pero con una condición. Cuénteme antes cómo se las ha arreglado para llevarme tan de cabeza.

—Me ha prometido venir a buscarme... ¿O ya se vuelve atrás, como un cerdo cobarde?

—Iré personalmente a detenerle. Pero antes, hable, hable... Necesito saberlo todo...

—¡Hablaré! ¡Hablaré...! —se oyó crispada la voz de James Siking—. Quiero que venga a buscarme. Quiero matarle.

—Pues hable y entonces iré a detenerle, a riesgo de lo que sea —y agregó—: Empezce. Le escuchamos...

Los focos habían cambiado de dirección, de trayectoria, y ahora iluminaban el mausoleo, tras el cual. James Siking empuñaba con fuerza su pistola.

Y James Siking empezó a hablar, a explicar lo sucedido... Tal como Steve Hooper lo había supuesto.

—Sí, llegué hasta uno de los quirófanos —continuó diciendo—.

Entonces, me puse una bata blanca que encontré por allí y me cubrí el rostro con una mascarilla antiséptica, y así avancé hasta la misma mesa de operaciones. Junto al doctor, mi presencia pasó desapercibida. Podía muy bien ser uno de ellos, uno más que llegaba rezagado. Luego... un hecho fortuito me favoreció. Se oyó en la calle un ruido fuerte y esto, por unos brevísimos instantes, les distrajo a todos. Yo lo aproveché para introducir la pulsera de brillantes en el abdomen abierto de la paciente. ¿No hemos leído que, algunas veces, han ocurrido estos casos? Lo hice, sí, porque necesitaba desprenderme de la joya como fuera... Tenerla en mi poder, si aparecía la policía, significaba la perdición... Pero no me fijé en el rostro de la paciente en cuestión, así que cuando salí del quirófano no sabía ciertamente a qué debía atenerme... Ya fuera de la clínica, vi que la policía ya no merodeaba por allí, y me consideré a salvo...

James Siking se detuvo. Tenía que alzar bastante la voz y le costaba mantener aquel tono.

—Luego me enteré —siguió diciendo— por la muchacha de la oficina de información, quiénes habían sido los pacientes intervenidos quirúrgicamente aquel día. Se trataba de cuatro mujeres... Una de ellas, mi propia cuñada... Pero a ella decidí dejarla la última, ya que, bien mirado, siempre había sentido bastante aprecio por ella... Quizá la pulsera estuviera en las otras... Respecto a las otras tres, también hubiera tenido que matarlas... Bueno, por lo menos a dos de ellas... Me refiero a Sara Mitchel y a Mia Carter... Esta vivía en una pensión donde yo, a menudo, me reunía con muchachas de mi preferencia... Se ve que una noche, algo borracho, hablé más de la cuenta... Mi acompañante no me tomó en serio, pero Mia Carter sí... De todos modos, ella no creo que se hubiera atrevido a ir a denunciarme a la policía, pero le confió lo que sabía, o creía saber, a Sara Mitchel, con quien había hecho amistad en la clínica del doctor Dobbs. De ello que me urgiera tomar determinaciones.

Se interrumpió otra vez. En esta ocasión tardó más, mucho más en proseguir.

El teniente Steve Hooper le apremió:

—Siga explicándolo todo, hasta el fin. Si no lo hace así, voy en su busca.

—Ya sigo... Ya sigo... Pues bien, no me costó nada ir liquidándolas una a una. Tampoco me costó con Vanessa. ¡Esto es todo, teniente! ¡El resto lo sabe usted de sobra! ¡Ahora venga por mí! ¡Vengaaaa...!

—No le haga caso, teniente —dijo a su lado uno de sus agentes—. Está acorralado, así que antes o después tiene que entregarse. No hay por qué arriesgarse inútilmente.

—Yo no falto nunca a una promesa —afirmó Steve Hooper. Y a su vez gritó—: ¡Preparado, James Siking! ¡Ajuste bien el dedo al gatillo, voy en su busca!

Seguidamente dio unas órdenes a sus hombres.

Al poco, se apagaron los focos.

La oscuridad se hizo casi absoluta.

Sólo, en el cielo, asomaba un poco tímidamente la luna.

## CAPÍTULO XV

**A**TRAVESAR una zona batida por disparos, no era nada nuevo para el teniente Steve Hooper. Se había visto en ocasiones análogas.

De pronto, corrió a través de las sombras de la noche. En un frenético, desconcertante y pasmoso zigzag.

Sonaron irnos disparos, pero pasaron sin darle.

James Siking se puso a sudar la gota gorda. Sabía que había errado la puntería. Sabía, por tanto, que el teniente Steve Hooper estaba ya muy cerca de él.

No se equivocó.

Ya le tenía allí.

Pero James Siking no había abandonado su pistola, así que sólo le tocaba apuntar hacia aquella sombra alta, impetuosa, que había surgido de súbito, y apretar el gatillo.

Pero la sombra hizo un giro rápido, vertiginoso, no dándole opción a que le convirtiera en blanco y cayó sobre él.

La pistola de James Siking voló increíblemente por las alturas, por los aires, en cuanto el cuerpo de éste volteó de forma aparatosa, inverosímil, a causa de la llave de judo que ejercitó sobre él el policía.

El violento y forzoso aterrizaje, contra uno de los muros del mausoleo, concluyó en un golpetazo mayúsculo. Como para dejar sin conocimiento a otro que fuera menos fuerte que James Siking. Este no estaba dispuesto a darse por vencido. Sacó a relucir una navaja automática, cuyo resorte chasqueó amenazadoramente, siniestramente, y se lanzó contra el teniente.

Sin embargo, Steve Hooper consiguió sujetarle por la muñeca,

esquivando así el cortante y afilado filo de la navaja, y luego le atizó unos puñetazos de primera al hígado una y otra vez, hasta que le obligó a encogerse, y entonces, ya como remate, utilizó dos certeros y precisos golpes de karate, dándole en la nuca. Y ya su adversario caía tumbado en el suelo, como un globo desinflado.

Podía darse por finalizado el round.

\* \* \*

Ya encendidos de nuevo los focos, el capitán Brown se acercó a Steve Hooper.

—No cambiará nunca —le dijo, pero sin poder disimular su admiración—. Siempre hace lo mismo, se arriesga demasiado.

—Ya está cazado el asesino. Esto es lo que importa.

—Sí, tiene razón. Pero... ¿y la pulsera de brillantes? Ha encontrado usted al ladrón, al asesino, pero la joya... ¿Tiene idea de dónde puede estar?

—Sí, en poder del doctor Dobbs —y agregó—: Por eso James Siking no la encontró en ninguna de las cuatro pacientes... No podía encontrarla, porque el doctor Bobbs se dio cuenta de lo que sucedía en el quirófano y actuó en beneficio propio, aunque él, por descontado, sin matar a nadie... Por eso hizo que los practicantes se alejaran de la mesa de operaciones antes de acabarse enteramente la intervención... Pero su jugada también ha fallado. Voy a ordenar su inmediata detención.

—Es usted muy listo, Hooper.

—No sé... No sé... —sonrió el teniente—. Por primera vez en mi vida no estoy muy seguro de ello.

—¿Pues qué le sucede? —se sorprendió el capitán Brown ante aquella inesperada confesión.

—¿De veras quiere saberlo? —y soltando una abierta carcajada agregó—: He decidido casarme, Me refiero a Pamela Barner... Sí, jefe, me he enamorado... Creía que era yo solamente quien «cazaba», pero...

FIN

LAS MEJORES OBRAS DE:  
**«SUSPENSE», ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
ESCRITAS POR LOS MEJORES  
AUTORES DEL GENERO



COLECCION  
**PUNTO  
ROJO**



COLECCION  
**SERVICIO  
SECRETO**



COLECCION  
**LA HUELLA**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.**

Impreso en España